

Sale Marcelo, que es el Busca oficios, y con él Urbano, su padre, con barba blanca, y Romero, su criado.

La ocupación que más fatiga es una ociosidad desocupada; y así, hijo mío, celebro vuestra utilísima elección; pues con informaros de las calidades de todos los oficios de los mismos que los ejercitan, aprenderéis aquel que nos pareciere más rico y menos pesado.

Tanto nos fatiga ya esta diligencia, que no es la menor ocupación de un oficio el andar a buscallo, y así, por salir della, entraré en otra cualquiera, aunque la apariencia me la pinte muy importuna, y después, con la experiencia, la halle no menos molesta. ¿Quién llama? ¿Quién llama?

Un hombre de los que hemos buscado, que viene a hacer demostración de las calidades de su oficio para enseñarle, si fuere a satisfacción; y no la trae él pequeña, con lo que presumo que, aunque de lo que ejercita podrá ser que sea buen oficial, en el trato común será majadero.

Entra Don Sancho.

Beso las manos de vuestras mercedes.

Las de vuestra merced besamos mil veces.

¿Quién es vuestra merced?

Un hidalgo, aurora de sillas, asistente de salas, penitente de mesas y ostentativo de bayetas.

Coméntese vuestra merced, si es posible, que esto de hablar enigmático, aun en verso, es martirio; mire vuestra merced si podrá ser en la prosa dispensable.

Ea, acomodémonos al auditorio: digo, pues, que soy escudero de la casa de un gran príncipe; llámeme aurora de sillas, porque las más veces voy delante de damas bellísimas, que las ocupan como el sol a su esfera; asistente de salas, porque el tiempo que no piso las calles espero en ellas, entreteniéndome (con los demás caballeros, infantes y peones que están allí, sirvientes de otras señoras) con la dulce murmuración de nuestros amos, tan dulce, que aun a los rocines agrada, como las razones deste ingenioso texto lo afirman:

Cabecijuntos murmuran

tres a tres y cuatro a cuatro,

de sus amos los primeros,

por más parecer criados.

La palabra, penitente de mesas, habiendo dicho que soy escudero de un señor, no necesita de comentario, antes después acá pienso que habrá parecido el hipérbole pequeño y mi queja modesta y templada.

Ostentativo de bayetas, mi capa, que es de la misma naturaleza, lo dice, pues con venir tan calva y lampiña, mi presunción la engríe de modo que ella se desconoce, y aun los que la miran con vista más penetrante, dudan, y no se determinan a sentenciarla, creyendo que es más de lo que ven; porque estos bríos ella misma los engendra en los que la visten, como aquella que es traje ordinario de los portugueses, cuyo generoso espíritu del mismo viento quiere hacer suelo para sus plantas, y aun pienso que les viene ancho.

¿Agradaos este oficio, mancebo?

No por cierto, porque hallo por mi cuenta que, con ser una religión tan áspera, en ella está la salvación muy a peligro; y ya que me vaya al infierno, no quiero irme por palacio, por no encontralle tan presto, sino buscar un camino que me lleve a él con más rodeo y menos disgusto. Don Sancho.

Conforme a esto, yo me voy, porque no sirvo aquí de nada. (Váse.)  
Vaya con Dios, que lo mismo debe de hacer en casa de su dueño.  
Entra Federico.

Yo soy un hombre, cuyos juros son un ánimo esparcido, una caRa risueña a las injurias y paciente a los agravios: mi lengua es almíbar de lisonjas. Traigo siempre el sombrero en la mano, porque si le quitara a cuantos hago cortesía, ya hubiera hecho ricos a todos los sombrereros, y así quiero más saludar a cabezadas que a gorradas, porque me sale más barato gastar de mi cabeza que de mi sombrero; sé las vidas de todos: lo que es bueno, publico, aumentando y estudiando; lo no tal, lo doro con tantos esmaltes, que todo parece uno; soy un Calepino de las lenguas de la corte; con los de palacio digo: «Fulano está muy bien visto, anda muy válido», y otros melindres desta casta; con los soldados académicos de la Lonja de San Felipe mido las fuerzas al Turco, y a los demás monarcas, y a los fieles o infieles; y con osadísimo espíritu barajo el mundo, de modo que pienso que para mí, aun aquella parte en que estoy de pies, no la reservo. Si asisto a la conversación de los que oyen todas las comedias nuevas, censuro con estas razones, acompañadas de visajes: «La fábula es impropia, pero el razonado muy bueno; ha sido bien representada, porque todos los desta compañía son grandes oficiales, y yo temí que se perdiera a la segunda jornada, pero enmendólo muy bien con aquel paso de graciosidad». Finalmente, con cada uno soy el mismo, y con vestirme el ánimo de tan diferentes humores, parece que es uno solo el que ejercito; míranme todos como a su retrato, y por esto, aunque los siga, no se ofenden, porque les parece que es oficio de la sombra seguir el cuerpo: y así como ellos se pagan tanto de la imitación que de sus personas hago, que cómo al tiempo que ellos comen y de lo que comen. ¿Qué os parece, Marcelo?

Que para este oficio es menester mucha desvergüenza y próspera fortuna; y aunque para mí no sería muy difícil lo primero, hallo muy incierto lo segundo.

¿Cómo, cómo? ¿De aquellos sois que se lamentan de la fortuna?

Quedaos con Dios, que ya os he conocido. (Váse.)

Andad con el mismo, que todos estamos en un pensamiento.

Lindamente se han llamado majaderos.

Entra Claudio.

Maestro soy de un oficio que se funda en muchas maestrías: canto un poco, que me sirve de mucho, porque a título de maestro desta buena gracia, entro en muchas casas desta corte a dar liciones a mujeres de muy buenos talles y de diferentes estados. Con las doncellas honestas y recatadas soy casamentero, proponiéndoles de sus amantes el más rico, de quien ya yo voy bien sobornado; los padres, que desean ver sus hijas siempre casadas con prosperidad, creyendo que en aquel negocio no tengo más interés que buen celo, me premian con regalos y dádivas cuantiosas. Si la empresa llega a lograrse, de cada uno recibo buena parte de agradecimiento, y cuando no, lo que empuñe el tiempo que duraron los contratos es imposible perdello. Si acaso las discípulas son gente más rompida, y dije mal: si acaso porque el número de las tales no es pequeño, entonces crecen mis utilidades, porque soy teixero de gustos ilícitos, que el mundo siempre paga con más liberalidad los pasos que se dan en servicio del diablo. En otras partes soy médico, porque tengo un libro de

diferentes recetas romancistas con que curo todos los achaques de las mujeres con más felicidad que ciencia, y en esto pienso que todos somos iguales, porque en esta arte del curar los más aciertan por ventura. Para esto procuro siempre vivir en los arrabales; y como en ellos me ejercito en beneficiar los enfermos y no traigo espada, todos me llaman el señor doctor, gozando en el lugar de diferentes títulos: en unas partes soy médico, en otras casamentero, y en cuales maestro, que éstas son las más. De modo que sin haber cursado más universidad que la de mi industria, gozo de dos grados tan insignes, como son maestro y doctor; y como vuestas mercedes conocerán de lo que tengo referido, con el uno soy peste de las honras, con el otro de las vidas.

Ahora cosa terrible es que pudiéndonos haber dicho vuesa merced su oficio con sólo una palabra, ha querido que lo entendamos por el rodeo de muchas.

Por una sola palabra es imposible. ¿Cuál es?

Embustero, bien que con primor y gentileza. ¿Qué decís a esto, Marcelo?

Señor, que todas las partes deste oficio son pesadísimas, y que quiero más con mi ignorancia morir a manos de mi pobreza que con tan dañosa sabiduría solicitar el mal común.

Bueno, bueno; hombre sois de sentencias y proverbios: ni en vuestra casa faltará jamás la hambre ni en la de vuestros vecinos la risa. (Váse.)

¡Qué satisfecho que se va con lo que nos ha dicho! ¡Qué propio es de los tales presumir con soberanías y discurrir con ignorancia!

Entra Montilla.

Mi vida es quitar vidas, no porque hasta ahora haya pecado contra el quinto mandamiento, sino que me han atribuido algunos pecados ajenos en que yo he querido ser penitenciado, haciendo de la pena injusta seguro instrumento de mi fama. En sucediendo cualquier cosa en el lugar, me voy a

casa de los embajadores, o a los templos, y me hago hechor en lo que estoy inocentísimo. Los verdaderamente culpados me lo agradecen, porque ellos consiguieron su efecto, y aseguran su quietud en mi vanagloria, pues por dar crédito a mi espada arriesgo tan temerariamente mi vida: los demás que no saben lo interior desta materia, sin examinar el engaño aplauden mi valentía, y para con muchos soy un Hércules. Esta fama me solicita infinitos tributarios y aun tributarias que me sustentan y visten; a los ofendidos no los tengo quejosos, porque ninguno es tan necio que no sabe y averigua la mano y procura contra ella su venganza; antes éstos me disculpan, pretendiendo que se haga el castigo en aquellos que justificadamente sean escarmiento común y seguridad particular; pero yo, eterno vecino y morador de los cemiterios, converso siempre con los muertos, como aquel que no los trujo a tal estado y que puede vivir seguro entre aquellos a quien no ha ofendido, bien que mi intento es dar a entender lo contrario; verdad es que por mucho que he procurado guardar la cara a las ocasiones, ha sido fuerza hallarme en algunas al lado de ciertos poderosos donde la opinión adquirida y la vergüenza de no perdella me han hecho valiente consumado, aunque puedo decir que de los ensayos de mis ficciones he salido famoso representantes de valentías.

Paréceme, Marcelo, que os veo más inclinado a este ejercicio por ser

de armas.

La señal de la santa cruz, que es arma contra el demonio, sea conmigo para librarme de tal tentación si alguna vez me acometiere; yo, señor, estoy más templado en mis pensamientos, y quiero, cuando Dios me lleve desta vida, morir antes en las manos del médico más cobarde que en las del más valiente espadachín. Vaya vuesa merced con Dios, que todos los demás oficios del mundo sirven a sus dueños de buscar la vida, y el de los valientes la muerte.

Oye, señor hidalgo, dos cosas le advierto: la primera, que desde luego puede celebrar bodas con el gallo; y la segunda, que las más veces, el más seguro camino de huir la muerte, es buscalla.

Esa razón es buena para un amante desesperado: yo no pienso buscar a la que sin buscalla se viene, y vayase vuesa merced con Dios, que según se está de espacio en nuestra casa ha pensado que es cemiterio.

Por Dios, que estaba por hacer... (Váse.)

Yo pienso que todas las valentías de vuesa merced están en ese estado.

Él se fue de mala gana y bien colérico.

El se desenojará en la primera taberna.

Entra VICENCIO.

La mayor parte de las herramientas de mi oficio (ó por hablar con más seguridad), toda consiste en la lengua. Tengo por principal ministro a la memoria, y tal vez a la imaginativa.

Muy necio debe de ser el oficio déste, pues en juego donde entran la imaginativa y memoria se deja en la calle el entendimiento.

Finalmente, yo soy un correo intramuros que, vagando las calles del lugar, llevo nuevas de unas casas a otras, y tal vez chismes; para las verdaderas tengo necesidad de la memoria, y dando unas recibo dos pagas: la una aquella cantidad de maravedís, o cosa que sirve para el vestido, o la comida en que yo puedo estafar a los oyentes, y la otra que de lo que hacen o dicen recoge mi atención nuevas que me son utilísima mercadería en otro barrio; la imaginativa me acude cuando faltan las verdaderas, que entonces yo las fabrico a mi modo, midiéndome con el auditorio y sazónándole el plato de que más se agrada. Cuando le importa a algunas de las naciones que en esta corte asisten que se eche una nueva falsa para la reputación y crédito de su patria, yo la siembro en la Lonja de San Felipe y patios de palacio; con tanto que la traigo, por lo menos veinte y cuatro horas en pie, y muchas veces tres y cuatro días, valiéndome para ello de algunos ministros, discípulos que para tales ocasiones tengo; en premio y agradecimiento recibo cantidad grande, y a mis oficiales doy satisfacción pequeña; para esto varío los trajes: hoy me visto de corto, mañana de peregrino, unas veces parezco soldado, otras persona eclesiástica, y tal vez religiosa.

Andan en mí a un peso las mudanzas de las posadas y de los vestidos, porque siempre que me transformo me voy a otro barrio y hablo diferente lengua, y aún con mayor primor mudo el rostro y talle. El rostro, porque unas veces me dejo multiplicar los pelos de la barba, así en la latitud como en la longitud, que parece mi cara un bosque espeso, adonde a una los rayos del sol se les defiende la entrada; a ésta la doy diferentes bosquejos: unas veces la saco muy negra, otras muy roja, otras de color de avellana. Con el talle unas veces soy muy dispuesto y uso de la forma que me dio el cielo, que

es en la que agora estoy; otras me finjo cojo, cuales manco, y algunas corcobado, y tal vez las corcobas las traigo duplicadas, como cartas de Indias. Llevo anteojos sin ser corto de vista, cabellera sin ser calvo y báculo sin ser impedido; con que soy un remedio de las acciones de todos los mortales y un burlador de todos los sentidos, porque hasta el tono de la voz padece en mí inconstancia: unas veces es muy gruesa, otras sonora, cuales sutil; cuando quiero estoy ronco y áspero, y, por el contrario, claro y apacible; sé cecear y sesear, y últimamente hago con superior eminencia un tartamudo y luego un hablador muy expedito.

Desto último no ha menester vuesa merced traer testimonio, porque con lo que ha dicho queda bastante acreditado. Hola, Marcelo, parece que estáis divertido; ¿qué resolución tomáis en esto?

Como divertido, estoy mareado, y me parece que sólo con revocar a la memoria todo lo que este caballero ha dicho en tan breve tiempo esta tarde, tengo suficiente ocupación para todos los días de mi vida.

Señor Urbano, su hijo de vuesa merced, el señor Marcelo, es inhábil; y así, para su merced no hallo oficio más a propósito que no tenelle, y sepa que éste en Madrid también es oficio.

Anda con Dios, y al mismo le suplica que la ligereza de tu lengua se pase a tus pies, porque mientras más te alejares de nuestra casa romperás menos mi cabeza.

Entra Don Lázaro.

Mi oficio es ser caballero.

¿Luego el ser caballero es oficio?

Sí, amigo, y el más necesitado; digo, pues, que yo soy un hombre introducido a caballero, de seis años a esta parte; de modo que soy caballero con mi fecha y data; púseme el don después de haber barbado, porque me pareció que tendría menos autoridad siendo lampiño, y así esperé a que las barbas le aumentasen estimación; estuve dos años en el noviciado, donde pasé algunos martirios considerables, y que han de honrar la pluma del que fuere mi coronista. Mas después que antigüé, hablo como si trujera una bóveda en el pecho, siempre retumbante. Tengo mucha vanidad, y con ser tanta, profeso más estrecho parentesco con mis criados que con los señores, porque a los príncipes les llamo primos, y a los que me sirven hermanos. Siempre cómo lo más sabroso del mundo sin tener cocinero, y pruébolo con Garcilaso, cuando dijo:

Flérída, para mí dulce y sabrosa,  
más que la fruta del cercado ajeno.

Hallóme en las fiestas públicas, y tal vez salgo a ellas, y esto basta para fiesta para los que me conocen. Todo esto se funda sobre una bien corta hacienda, que me sirve para tomar algunas mohatras. Aventuróme al juego: si gano, me desempeño, y si pierdo, no pago, y hágolo trampa, valiéndome de las inmunidades de mi nobleza, que en esta parte todos los caballeros nos socorremos los unos a los otros, para hallar lo mismo cuando llegare nuestro día, jurando en nuestro favor, y aun buscándose cada uno un solar tan propio suyo en las montañas como si le hubieran edificado sus abuelos. Enamoro vírgenes por dos cosas: la una, porque me tiene menos costa, y la otra, porque esta galantería, como es honesta, puede ser más pública, cosa de que yo me pago mucho, y al fin miento sin que nadie me lo pida ni impida, porque es de notable gusto y no pequeño

provecho.

Padre y señor, supuesto que un hombre ha de tomar oficio, éste quiero; porque aunque no es el menos molesto de los que hemos oído, es el que más dice con mi naturaleza.

Yo desde luego te doy mi bendición para que, con la de Dios y con ella, salgas bien de todas las aventuras cortesanas.

Hola, hola; entren, pues, los criados de mi gusto, músicos y bailarines, y celebren la buena elección del caballero flamante; mas esperad, que primero ha de jurar nuestras constituciones. Poneos a mis pies, y responded a lo que os preguntaré: ¿Prometéis de sacar fiado, y, en vez de paga, satisfacer con descortesías y desprecios?

Sí, prometo.

¿Prometéis de galantear todas las mujeres que viéredes, y alabaros de lo que gozáredes y no gozáredes?

Sí, prometo.

¿Prometéis de andar muchas veces en coche y pocas a caballo, siendo con esto muy mal jinete?

Sí, prometo.

¿Prometéis hacer los mismos actos que fueren de virtud, más por vanidad que por ella misma?

Sí, prometo.

Pues nuestro ruin ejemplo y vuestra mala naturaleza os hagan mal caballero, que con esto yo os doy licencia, de que os podáis llamar Don, aunque sobre el Marcelo cae con alguna aspereza, pero el uso la facilitará; decid todos: ¡Víctor, don Marcelo!

¡Víctor, don Marcelo; Víctor, don Marcelo!

Entran los Músicos y bailan al mismo son.

Un caballero tiene de más el mundo.

Su desgracia es notable; póngase luto.

El oficio es difícil; ¿por qué le busca?

Antes está muy fácil, según se usa.

Dime, saber quisiera: ¿por qué está fácil?

Por lo mal que le usan los que le hacen.

Lindo caballero, gentil y libre,  
ya es muy de caballeros el ser gentiles.

(Vánse los Músicos.)

Paseaos conmigo, que agora estáis en el peligro más considerable; porque habiéndose ido estos músicos correrán los rumores de vuestra novel caballería por la corte, y acudirán los que son las antiguallas en esta profesión a pedirnos vuestro despacho, y a que les paguéis la patente, que es rigurosa desdicha, que aun de la caballería peona se haya de pagar tributo, Oíd, oíd, ya llaman a la puerta, y aun se entran sin llamar, que estos caballeros intrusos son gente insolentísima. Estad advertido para cuando os toque la vuestra no errar su imitación a su tiempo. ¡Oh, señor don Alberto!, ¿qué se ofrece por acá?

No se ofrece, sino se pide, y la petición es muy justificada: la patente deste hidalgo.

¿Cómo hidalgo? ¡Jesús qué afrenta! ¿Hidalgo a mí, siendo tan grande caballero, y armado de la mano del señor don Lázaro, que es el archicaballero más venerable desta corte? ¡Mataréle, vive Dios!

¡Bueno, bueno, que un escudero me llamase hidalgo!

¿Han visto qué crédulo es? ¿No ven con la facilidad que se ha

persuadido a pensar que es caballero?

Hermano, hermano hidalgo, los caballeros ancianos de nuestra profesión, no llamamos más que hidalgo al caballero novel que no ha pagado la patente.

Y a mí mis derechos.

¿Cuáles son?

Los vestidos; porque yo, en haberos armado caballero desta ralea, he hecho peor oficio con vos que el verdugo con los que ahorca.

A fe de caballero que me desnudan, y este oficio es de tan poca vergüenza, que nunca estaré más a propósito. Mas ¿quién llama, quién viene, quién se entra?

¡Oh amigo don Gil! Vengan sillas, silla para don Gil.

No se inquiete; conversación tan honrada, por mi vida que no se inquiete; y bien, ¿qué dice el hidalgo?

¡Han visto lo que me hidalgúan! Parece que son los dos alcaldes de corte de alguna chancillería, y que se han juntado a despacharme la ejecutoria.

Hola, hola, ¿no he pedido sillas?

No las hay en casa, porque nos las sacaron ayer para una ejecución.

Ea, señor, que eso es estar en los principios muy adentro de la caballería; no os metáis tanto; salios, salios un poco.

Esa libranza de cien reales les doy en un mercader, que está acetada, y mañana se cumple.

Habéis andado como caballero; en mi vida he visto tan buen caballero; dadme un abrazo, caballero, que por Dios que sois honrado caballero, y tan digno de ser caballero, que os debemos todos los caballeros reconocer por el mayor caballero.

Lindamente me han caballereado, pero yo diles la librancilla falsa. Por Dios que habéis alcanzado en poco tiempo los mayores primores de la caballería moderna.

Señor, ahí está a la puerta un escudero, criado de un caballero anciano.

Decilde que entre a ese hidalgo: bien venido sea vuesa merced; cúbrase, por mi vida; ea, cúbrase.

Digo así: don Julio, mi señor, es caballero anciano; hállese con una hija de más; querríase deshacer della, casándola con vuesa merced, a quien advierte que viene ejercita en continuo ayuno y perpetua desnudez, y que trae por dote un estómago ensayado en vigiliass y un cuerpo despreciador de fríos y calores.

Por Dios, que habiéndome de casar, la mujer me conviene. ¿Qué más gracias tiene?

Ningunas, porque no baila por no romper Más los andrajoss que la adornan. No canta, por no alentar con fuerza, y poner, quien tiene tan poca virtud, a peligro la vida. Labor blanca ignora; pero tiene tanta maestría en la traza de echar un remiendo y disimular las puntadas, que todo lo que es blanco cose con hilo negro, y todo lo que es negro cose con hilo blanco, para que se disfrace más el arte y quede la pobreza más honesta.

Mucha curiosidad, señores; al punto aceto las bodas, dóime por su marido. Vamos, vamos.

No, señor, que su padre está a la puerta con ella; entre vuesa merced, mi señor don Julio.

No pienso salir bien de la mercadería desta hija. ¿Recíbela vuesa merced, señor don Marcelo, a doña Rufina?

Sí, mi señor, por esposa.

Yo por hija.

Yo por señora.

Yo suplico a su merced me conozca por su criado, por serlo tanto del señor don Marcelo.

¿Han visto con qué de ruido se muere en esta casa de hambre?

¿Hase de bailar?

Eso ha de ser en mi casa, porque me he deshecho desta hija; y en la del señor don Marcelo se lllore, porque le hemos traído un grande estorbo.

Eso es para la gente plebeya, que los caballeros no vemos a las mujeres más de cuando nosotros queremos.

Vamonos a cenar, que nos espera la cena, que otra noche la esperaremos nosotros a ella y no vendrá.

Aunque en materia tan mala, ha dicho muy bien, porque esta es una sentencia que tendrá muchas veces ejecución.